

muerte, con quien no se puede hacer algun pacto, y que no habia firmado todas estas diligencias, ha desconcertado el proyecto; ella ha llegado y ya no hay intervalo que esperar.

Tercero. *Tercer error sobre sus disposiciones al tiempo de la muerte.* Creia que á lo menos en su muerte aun cuando le quedase solo un instante, podria facilmente volverse á Dios, que la necesidad de morir y de dejarlo todo, seria tambien para él una necesidad de renunciar al pecado y de no seguir ya sino, es á Dios. Pero ahora experimenta todo lo contrario. La manera violenta con que viene apartado de sus placeres, le hace conocer mas que nunca cuán pegado estaba su corazón á ellos. Quiere levantarse hácia Dios, y no encuentra otra cosa en su propio corazón que dureza, insensibilidad, odio y aversión; no puede sufrir la vista del crucifijo, aparta de él los ojos. En vez de aquel *peccator, he peccato*, del buen ladrón que habia creído pronunciar facilmente, su corazón está lleno de blasfemias que se le salen de cuando en cuando de la boca como al mal ladrón. Si le habláis de Dios, parece sordo y mudo y enteramente os detesta. Si le habláis de confesion, responde que no puede. Acaso cree que no está en ese estado por causa de la enfermedad, pero conoce muy bien que no puede por falta de sentimientos y de voluntad. Está interiormente desespazado y consumido de la mas horrible desesperacion. Esto se acaba, dice entre sí; yo soy condenado, es muy grande mi inuidad, he perseverado mucho tiempo para que yo merezca algun perdon. Tal vez implora en alta voz las misericordias del Señor; pide gracia de la vida y hace las mas bellas promesas, pero estos son los últimos gritos de un desesperado moribundo reprobado de Dios y condenado al infierno. Infeliz y desgraciado juguete de los demonios y de tus pasiones, he aquí en lo que has venido á parar por no haber querido escuchar esta aviso de tu Salvador: "Ved, estad preparados, porque no sabéis ni el día ni la hora..."

PUNTO III.

LA HIPOCRESÍA COMPLETA SU REPROBACION.

"Lo separará y le dará lugar entre los hipócritas..." El pecador ha sido un hipócrita toda su vida y lo será tambien en su muerte.

Primero. *Hipocresía que los hombres no conocen.* El enfermo ruega al médico y á los que lo sirven, no mander que luego y antes del peligro se llame al sacerdote. Y cuántas veces ha sucedido que el médico y los otros se han engañado, y que la muerte ha llegado antes que se du-

1. Genes. IV, v. 13.

dase del peligro? Pero al fin se le avisa al enfermo, y él responde que no está aun en tal estado, que se engañan, que él se conoce y sabe como se siente. No obstante esto, á fuerza de importancia se logró que venga un confesor, se confiesa, se comulga para no ser mirado como un impío. Los hombres están satisfechos, esto es todo lo que él queria. Entre tanto, Dios lo separa de los hombres á quienes ha querido agradar, lo separa de este mundo, separa su alma de su cuerpo, lo juzga y lo reprueba.

Segundo. *Hipocresía que la Iglesia no examina.* La Iglesia no ve lo interno, y no puede juzgarlo, solo juzga de lo externo. Vueta esta luego á socorrerlo como á uno de sus hijos; cualquier escándalo que haya dado durante su vida, puede aun hallar gracia para con Dios lleno de misericordia. Estos infelices dicen que están arrepentidos, ella los cree y les administra sus sacramentos. Si estos la engañan, ella no extiende su juicio sobre su hipocresía, los supone como deben ser y les da todos los socorros que pueden recibir. Aun cuando por su culpa hubiesen perdido la ocasion de recibir los sacramentos, esta tierna madre los excusa, supone que han logrado un buen momento antes de morir, y ven que lo avisen cuando lo crean en peligro. Pero si siente el miserable con una conciencia desconcertada, si tiene un deseo sincero de volverse á Dios ¿por qué esperar á estar en peligro? ¿por qué no deja de dar á su cuerpo la sepultura entre los fieles y de ofrecer por su alma el sacrificio de propiciacion. Los fieles, bien que temblando, unen tambien sus oraciones y tienen lejos, en cuanto pueden, toda idea que pueda deshonrar al difunto, y solo hablan de su muerte con otra tanta circunspeccion y caridad como terror.

Tercero. *Hipocresía que Dios no ignora.* Aquel que examina los corazones no puede engañarse... El corazón hipócrita del moribundo, aun cuando estuviere cubierto de las mas espesias apariencias y escondido bajo el velo mas edificativo, Dios lo ve y nada puede huir de su vista ni de su justicia... Dios, aquel Dios justo y terrible, ha dado su juicio. La Iglesia coloca el cuerpo de este pecador entre los cuerpos de los fieles, y Dios ha separado para siempre el alma de la compañía de los santos. Mientras la Iglesia ofrece aun por él sus oraciones, este hipócrita infeliz está ya con los otros hipócritas en el fuego eterno, donde no hay otra cosa que llanto y rechinar de dientes.

"Oh funesta separacion! ¡Oh muerte infeliz! ¿Quién no temerá por sí mismo? ¡Ah! Lejos de mí, ¡oh S. hor! una tan deplorable suerte. Lejos de mí, ¡oh Dios mio! el vivir mas largo tiempo en el olvido de vuestra ley, en el abandono

de mis obligaciones, sin pensar á la muerte y á vuestro juicio. Dad fuerza, ¡oh Jesús mio! con vuestra gracia á la resolucion que tomo en este momento de prepararme incesantemente y con la mas exacta vigilancia para vuestra venida. Amen.

MEDITACION CCLXVIII.

MEDITACION DE LA PARABOLA DEL PORTERO.

San Márc., cap. XIII, v. 33, 37.

EJERCICIO DEL AMOR DE DIOS.

Primero, en qué consiste este ejercicio; segundo, á qué edad conviene practicar este ejercicio; tercero, á qué personas conviene este ejercicio.

PUNTO I.

EN QUÉ CONSISTE ESTE EJERCICIO.

"Estad atentos, velad y orad, porque no sabéis cuando será el tiempo. Así como un hombre que partiendo para un país distante, dejó su casa y dió á sus siervos potestad de hacerlo todo y ordenó al portero de estar en vela..." Todos comprenden que el Salvador elevado ya al cielo es este hombre que ha partido, que la casa que ha dejado en custodia á sus siervos es la Iglesia; que los fieles son los siervos que deben trabajar, y los pastores el portero que debe velar. Pero como nosotros no damos aquí documentos á los pastores, que saben muy bien dárseles á sí mismos, y que por otra parte la obligacion de velar mira á todo el mundo, apliquemos esta parábola á nosotros mismos. Nosotros somos la casa que pertenece al Señor, todas nuestras potencias, todas nuestras facultades son como sus siervos que deben trabajar por él. Pero es necesario un portero que tenga cuidado de velar sobre la casa y sus siervos, de tenerlo todo siempre en orden y de estar pronto á abrir en el punto que vendrá el Señor. ¿A quién podemos nosotros fiar mejor este importante empleo que al amor de Dios?... Démosle, pues, este oficio y conservémosle en él, y veremos que todo se hará con una exactitud y una facilidad admirable.

Primero. *A él toca guardar todas las puertas.* "Velad..." Debe cuidar que nada entre y que nada salga de casa, sino para el bien y para el servicio del Señor. Si guarda nuestros ojos, fácilmente se cerrarán á los objetos engañado-

res, vanos y peligrosos, á los objetos de pura curiosidad, de disipacion, y no se abrirán sino á los objetos piadosos ó necesarios para el trabajo, para las obras de caridad, para la leccion de libros devotos y para derramar lagrimas de penitencia. Discurramos así, y recorramos todos los otros sentidos externos ó internos, nuestro espíritu, nuestra imaginacion y nuestro corazón; pongámonos en ellos por centinela el amor á Dios y todo estará bien guardado.

Segundo. *A él toca examinar lo interior de la casa y ver todo lo que en ella sucede.* "Estad atentos..." Mirad, examinad, haced este examen dos veces al día, ó á lo menos todas las noches. Si el amor hace este examen, nada se escapará á sus diligencias. El deseo de agradar teme y lo examina todo. Examinará si todas las obligaciones se han cumplido, y cómo si ha entrado ó salido alguna cosa contra sus órdenes y que haya eludido su vigilancia; recorrerá todos los ángulos y escondrijos de la casa, todos los secretos del corazón. Basta un poco de inmundicia, una cosa que haya de mas, que falte ó que no esté en su lugar, para desconcertar la mas bella estancia; él proveyerá á todo. Una sola chispa de un fuego impuro, de amor, de odio ó de cólera, puede ocasionar un incendio que difícilmente se podrá apagar; pero él tendrá cuidado de apagarlo. Una sola omision, una negligencia, un pecado venial, un principio de hábito vicioso, de mala inclinacion, puede ocasionar una total ruina; pero él lo repara todo. ¡Ah! ¡cuántos insignificos y sólidos edificios se han conmovido y se han caido por semejantes desatenciones! ¡Cuántas virtudes se han sofocado al hacer! ¡Cuántas almas fervorosas después de haberse descuidado algun tiempo, han dado caídas de que no se creían capaces! Estemos, pues, atentos, no dejémos jamás este examen y hagámoslo con los ojos y con la solicitud propia del amor.

Tercero. *A él toca esperar la venida del Señor.* "Orad..." El amor es el que sabe orar y suspirar, atender con una santa impaciencia, llamar con sus gemidos, nutrirse de esperanzas y consolarse con sus lagrimas. Venid, ¡oh amado y suspirado Señor! Me dejareis vos siempre desfallecer en este lugar de destierro y de miseria? Os veo, es verdad, os recibo bajo los velos de vuestro Sacramento; esta es mi sola consolacion, el único apoyo de mi vida. Pero cuándo os verá claramente y os poseeré sin temor de perderos? Sostenedme hasta aquel día, no permitáis que lo olvide y omita en mí la mas minima cosa. Vendrá aquel día, sí, vendrá; acaso está vecino, y he llegado al término de mis deseos. ¡Día feliz! ¡Feliz momento, cuán delicioso me es vuestra sorpresa! Ya me parece sentirme anunciar, y que se me diga, mirado, que llega, él es. ¡Ah! ¡Cuál seria mi júbilo! ¡Qué felicidad para mí, qué triunfo! Así justamente ora el amor,

vela y espera á su Señor. Y cuando el Señor lléga, le abre, con tales demostraciones, que se hacen públicas y no pueden esconderse.

Pero direis, es necesario ser santo y bien fervoroso para tener estos sentimientos. Abandonaos al amor, seguidlo, hacedlo señor y dueño de todo, y vos los tendreis. Pero debe esto costar mucho á la naturaleza, para escuchar solo el amor divino. ¡Ah! luego no lo conocéis, é ignorais lo que él puede? Si, él domará en vos de la naturaleza; pero lo hará con una dulzura, que os hará su victoria llena de amabilidad y de delicias. Por otra parte, la ventaja de una santa muerte y vuestra eterna salvacion, que serán sus consecuencias, no basta por ventura para recompensaros un poco de la violencia que os costará al principio? ¿Queréis acaso mas exponeros á las inquietudes de una muerte dudosa ó á las amarguras eternas de una muerte en el pecado?

PUNTO II.

A QUÉ EDAD CONVIENE PRATICAR ESTE EJERCICIO.

Primero. *A toda edad, porque en toda edad se puede morir.* "Velad, pues, porque no sabeis cuándo vendrá el Señor de casa: si á la tarde, si á media noche, si al canto del gallo, si á la mañana..." Nuestra vida, aun la mas larga, no es sino una breve noche, después de la cual viene el gran día de la eternidad. El Señor debe venir en el curso de esta noche. ¿Pero á qué hora vendrá? Esto es lo que no sabemos. Se muere, y hemos visto morir en toda edad, en la infancia, en la juventud, en una edad mas madura, en la edad viril y en la vejez. Cada edad tiene sus enfermedades particulares y está sujeta á los accidentes comunes. Si comenzando á vivir supiésemos que no debemos morir sino en la vejez, podríamos descuidarnos, bien que no debiésemos; pero no sabemos en qué edad debemos morir; luego debemos velar en toda edad y estar prontos. En cualquiera edad, pues, que vos ahora os halleis, comenzando á poner en orden vuestra conciencia y á vivir una vida santa, porque no sabeis si tirareis muy á la larga ó hasta dónde llegareis. Habriais podido morir mas presto; vos habeis visto morir otros mas jóvenes que vos. ¿Qué sería de vos si hubiérais muerto en su edad? ¿En qué estado os hallaríais? ¡Ah! estariáis ahora acaso perdido sin remedio. Ya, por ventura, lo están algunos de aquellos. ¿Qué bondad de Dios para con vos! Se lamentan de esto los réprobos. ¿Y vos? Vos abusais de ella. ¿Si Dios quisiese volverles la vida, qué pensais que harian? Pero lo que Dios á ellos nie-

ga, os lo concede á vos. ¿Qué uso, pues, conviene que hagais de ella?

Segundo. *A toda edad, porque en toda edad el Señor es dueño de la casa.* Es el dueño, porque él la ha hecho, la ha formado, la conserva. Es el dueño, y tiene derecho á que esta casa esté solamente empleada en su servicio, á que todo en ella esté sujeto á sus leyes, á que todos los miembros y todos los sentidos del cuerpo, y todas las facultades del alma lo reconozcan, lo obedezcan y le rindan homenaje. Es el dueño de la casa, y tiene derecho de venir á ella siempre que le agrade; y vendrá cuando él mismo lo determine, sin pedirnos nuestro parecer y sin advertirnoslo; y si se halla su casa desconcertada, sucia y profanada, la condenará al fuego, echará en las llamas vuestro cuerpo y vuestra alma, sin que vos tengais razon de lamentaros ni quejáros sino de vos mismo, que os habeis creído ser el dueño, sin haber querido reconocer á otro.

Tercero. *A toda edad, porque en toda edad podemos ser sorprendidos en pecado.* "Velad... porque viniendo improvisamente no os hallé dormidos..." ¿Cuántos ha encontrado él de este modo dormidos en el seno del pecado? El pecado es de toda edad; conviene, pues, velar en toda edad para no caer en él, para no perseverar en él, para no complacerse y para no adormecerse en él. Porque si una muerte repentina, un accidente imprevisto ó una enfermedad precipitada os sorprende y os arrebatada del mundo, mientras estais en estado de pecado y adormecidos en este fatal sueño, ni las violentas pasiones de la juventud, ni los negocios importantes de la edad madura, ni las graves enfermedades de la vejez os podrán excusar, porque estando en toda edad inclinados al pecado, en toda edad conviene velar. Velad, pues, y si hasta ahora no lo habeis hecho, comenzad. Si sois joven, no es demasiado presto, y es justamente el tiempo; si sois viejo, no es demasiado tarde, y es aun tiempo. Sobre la tierra y en el cielo tenéis ejemplos de personas que han comenzado á velar en toda edad. Sobre la tierra y en el infierno tenéis ejemplos de personas sorprendidas en el sueño del pecado en toda edad. Os deteniáis acaso á seguir los últimos? ¡Ah! imitad antes bien á los primeros; lo podeis hacer aun tarde, ó presto; despues no lo podreis.

PUNTO III.

A QUÉ PERSONAS CONVIENE ESTE EJERCICIO.

A toda muerte de personas... "Lo que digo á vosotros, lo digo á todos: velad..." Por qué á todos?

Primero. *Porque la obligacion de evitar el pecado y los peligros de cometerlo son comunes á to-*

dos. Hay un solo Dios, un solo Señor, una ley sola, un solo Evangelio. Cada uno en su estado debe observar los preceptos de la fe, de la religion, de la pureza, de la justicia, del amor de Dios sobre todas las cosas, del prójimo como á sí mismo, y conservar su corazon exento de todo pecado; y supuesto que todo esto no se puede hacer sin atencion y vigilancia, todos deben velar, tanto el mundano quanto el religioso. Cada uno en su estado tiene sus dificultades y está expuesto á los peligros de perder la gracia. La carne, el demonio, el mundo, las pasiones por dentro y los objetos por fuera, todo solicita al pecado y ninguno está exento de tentaciones. Todos, pues, deben velar y estar atentos, tanto el religioso como el mundano.

Segundo. *Porque la certidumbre de la muerte y lo incierto del tiempo de la muerte es igual para todos.* Hay sola una sentencia de muerte pronunciada contra los hombres, que los comprende á todos con una igual certidumbre. Si fuesen solamente las personas religiosas ó devotas las que debiesen morir, ó si los pecadores y los mundanos tuvieran el privilegio de ser avisados y advertidos del tiempo de su muerte, se podría acaso excusar el sueño y la negligencia de estos; pero supuesto que todos deben morir, que todos ignoran igualmente el tiempo, el modo y las circunstancias de su muerte, supuesto que la muerte igualmente sorprende al mundano que al religioso, al grande que al pequeño, al rico que al pobre, al tibio que al fervoroso, al libertino que al devoto, al pecador que al justo, todos deben velar, todos deben estar preparados, y ¡ay de cualquiera, de cualquiera clase ó de cualquiera condicion que sea, que vive un momento en estado de pecado mortal!

Tercero. *Porque la importancia de las consecuencias de la muerte es la misma para todos.* Para todos hay una muerte y un juicio. (El juicio particular y el general en cuanto á la decision forman un juicio solo.) Sola hay una eternidad, un paraíso ó un infierno. No hay miramiento alguno, no hay distincion para el hombre del mundo, para el hombre de calidad, para el rico, para el poderoso, para el militar, ni para el eclesiastico, ni para el religioso. El que se hallará en estado de gracia á la muerte, será admitido en la morada de los justos por una eternidad. El que se hallará en estado de pecado en la muerte, será admitido con los condenados á los suplicios eternos del infierno por una eternidad, sin mitigarle nada de pena, sin remedio y sin esperanza.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios, qué terrible consecuencia! ¿De un momento depende una eternidad, y este momen-

1 Ad Rom., c. IX, v. 27.

to lo ignoro, me está oculto y no tiemblo, y no velo!... ¿Puedo por ventura creerme en seguridad ó exento de velar? ¡Ay de mí! ¿Qué cosa, pues, es mi vida? ¿Quién puede salir fador por mí? ¡Ah! ya no lo difiero mas, ¡oh Señor! quiero mas que nunca estar atento á cuanto mira á mi salvacion, para comparacer delante de vos con confianza en cualquiera hora que venga á mí ó me llamareis á vos. Amen.

MEDITACION CCLXIX.

PARABOLA DEL LAZO.

S. Lúe, c. XXI, v. 34, 37.

PRÁCTICA DE LA VIGILANCIA.

Primero, de lo que debemos evitar para no ser sorprendidos; segundo, de los pensamientos que habitualmente nos deben tener ocupados para no ceder al sueño; tercero, de lo que debemos hacer para mantenernos vigilantes.

PUNTO I.

DE LO QUE DEBEMOS EVITAR PARA NO QUEDAR SORPRENDIDOS.

"Velad sobre vosotros mismos, no sea caso que vuestros corazones sean oprimidos de la crápula y de la embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y repentinamente os sobrevenga aquel día, porque será como un lazo, que caerá sobre todos aquellos que habitan sobre la superficie de la tierra..." Para no ser sorprendidos se han de evitar tres cosas.

Primero. *Los placeres de los sentidos, que entorpecen el alma y le quitan el sentimiento.* El que pone su felicidad en los placeres de los sentidos, en las delicias de la mesa y en los deleites de la carne, es aquel hombre animal de quien habla san Pablo, que nada absolutamente comprende las cosas de Dios. Una religion, una revelacion, una otra vida le parecen quimeras; la atencion de purgar y purificar su conciencia, de evitar el pecado, de mortificarse, de privarse de todo aquello que podría desagradar á Dios, la mira él como una necesidad, como una supersticion. ¡Ah! su alma sepultada en sus sentidos no puede ver mas allá. No se hallan acaso tambien filósofos, grandes habladores, calculadores profundos, que en las maravillas de este mundo visible, ni reconocen la sabiduria, ni la potencia, ni la majestad del Criador, y que no ven otra cosa que

1 Ad Cor., c. II, v. 14.

una materia tosca, ciega, arrojada solo del acaso? ¿Qué se ha de hacer con estas almas de lodo? ¿Si no comprenden las verdades naturales que tienen alguna relacion con Dios, qué cosa podrán comprender de las verdades sobrenaturales? *Velad, pues, sobre vosotros mismos, y para no caer en esta ceguera, comenzad por el domar vuestros sentidos; reducid vuestro cuerpo á una esclavitud; tenedlo solo como un esclavo, de quien pretendéis servicio, trabajo y obras de penitencia. El cuerpo no es bueno para otra cosa sino para esto, y para esto se os ha dado.*

Segundo. Los cuidados del siglo que poseen el corazón y sofocan todos los buenos deseos. La fortuna y la ambicion forman estos cuidados del siglo á que los hombres se abandonan. Luego que el corazón se deja llevar del deseo de hacer fortuna y de engrandecerse, queda de tal suerte poseído de él, que este deseo sofoca en él todos los deseos de santificarse, de purificarse, de crecer en gracia y en mérito, y de conservar su alma exenta del pecado y siempre preparada á comparacer delante de Dios. Ninguno obtiene jamás su intento en lo que obra, sino con aplicarse constantemente, y ninguno se aplica jamás constantemente sino á lo que ardentemente desea. El deseo de las cosas de la tierra y el deseo de las cosas del cielo, son tan opuestos quanto lo es su objeto. El que desea ardentemente el cielo y vive incesantemente en esta espectacion, no puede tener un cuidado grande por los bienes de la tierra, y el que desea ardentemente los bienes de la tierra, no puede vivir continuamente en la espectacion de los bienes celestiales.

Luego en cualquiera estado que vosotros estéis, velad sobre vosotros mismos, y en órden á los bienes de la vida presente, vivid sin inquietud y sin deseo. Contentaos con lo que teneis y hacedlo servir en quanto podáis para aumentar vuestras buenas obras. Cumplid las obligaciones de vuestro estado con toda la atencion posible, y hacedlas servir en quanto podáis á vuestra salvacion; pero no lleveis mas adelante vuestras inquietudes y vuestros deseos.

Tercero. Las ocupaciones demasiado continuas que disipan el espíritu, y hacen perder todo el tiempo. Por inocentes que sean las ocupaciones, como el trabajo y el estudio, y aun cuando fuesen tambien santas de su naturaleza, como las obras de caridad y de celo, nos debemos guardar de que sean continuadas por demasiado largo tiempo, de que su ejercicio sea excesivo y disipen el espíritu, y que no dejen tiempo para reflexionar sobre las verdades eternas, y para estar bien preparados para aquel dia imprevisto que sorprende á las veces á aquellos mismos que han exhortado á los otros á no dejarse sorprender. No os apliquéis, pues, jamás á ocupaciones que os quitarían el tiempo de atender á la oracion, á la meditacion, á la leccion espiritual y al examen. Lo que la necesidad puede alguna vez hacerlos

omitir en un tiempo, suplido en otro. Pero ¡oh cuánto mas culpables seriais si faltáseis á estos santos ejercicios llevados solo del ocio!

PUNTO II.

DE LOS PENSAMIENTOS QUE HABITUALMENTE NOS DEBEN TENER OCUPADOS PARA NO CEDER AL SUEÑO.

“Velad, pues, en todo tiempo, orando para que seais hechos dignos de evitar todas estas cosas que deben suceder y de estar delante del Hijo del hombre....” Tres pensamientos deben estar habitualmente presentes á nuestro espíritu.

Primero. El pensamiento de la muerte. “Será como un lazo, que caerá sobre todos aquellos que habitan sobre la superficie de la tierra....” Extendidos están por todas partes los invisibles lazos de la muerte; ninguno puede escapar de ellos, y nosotros somos cogidos en ellos, en el tiempo, en el lugar, en la ocupacion en que nos creiamos mas seguros. *Velad, pues, y considerad cada dia como el último de vuestra vida; empleado como querriais haberlo empleado, si fuese el último; acaso lo es de hecho. Si no es este, es un gracia que Dios os hace. Continúa á considerar así cada dia, que seguramente vendrá uno en que no os engañaréis, y ciertamente será el último.*

Segundo. El pensamiento de la deruidad. La miseria de los pecadores será eterna, eterna será la felicidad de los justos; el tiempo es nada, la eternidad es todo. Quanto sucede en el tiempo va á abismarse en la eternidad y á tomar allí su puesto. Todas vuestras acciones se enderezan á la eternidad, sin que alguna pueda ser circunscrita del tiempo. Decid, pues, en todo lo que hacéis: lo que hago yo es para la eternidad. De hecho, si vuestra accion es buena y hecha con una santa intencion, es para vosotros un mérito para la eternidad; si es menos buena y menos bien hecha, es una disminucion de mérito para la eternidad; si es vana é inútil, es una pérdida para la eternidad; si es gravemente mala, es contra la ley de Dios, es un demérito para la eternidad, y si moris en este estado, sin haberla reparado con la penitencia, es una reprobacion cierta, es un suplicio que padeceréis por una eternidad. ¡Oh eternidad donde ha de terminar todo! si no te perdiésemos de vista, qué vigilancia qué fervor no nos inspiraría este pensamiento!

Tercero. El pensamiento del juicio. Vosotros estais en todo lugar debejo de los ojos de vuestro juez; pero vosotros no lo veis y su presencia invisible no os causa algun temor; cómo viviriais vosotros si lo viéscis? Vendrá un dia en que será necesario comparacer delante de él

PETICION Y COLOQUIO.

y darle cuenta de toda vuestra vida. ¡Ah! Señor, ¿quién podrá sostener esta vista? ¿Quién podrá ser digno de comparacer delante de vuestros ojos? ¡Miserable de mí! ¿qué he hecho, pues, hasta ahora para hacerme digno?....

“Es esto por ventura lo que yo hago todos los dias? y ciertamente, qué necesidad no tengo de velar sobre mí mismo y de implorar incesantemente vuestro socorro, ¡oh Dios mio! sin el cual nada puedo? Os lo pido, ¡oh Señor! no me lo queráis negar, para que yo camine siempre en vuestra presencia, para que haga todas mis acciones del modo que debon presentarse á vuestro tribunal y para que en todo lo que haga piense solamente en agradaros á vos como á mi soberano Juez, á mi Rey, á mi Dios. Amen.

PUNTO III.

DE LO QUE DEBEMOS HACER PARA MANTENERNOS VIGILANTES.

San Marcos y san Lucas acaban aquí el discurso particular que el Salvador hizo á los once apóstoles que le habian preguntado sobre el tiempo de la ruina del templo; pero san Mateo pasa mas adelante y lo continúa, como veremos en las siguientes meditaciones. San Lucas observa que despues de haber enseñado el Salvador todo el dia en el templo, se retiraba á la tarde con sus discípulos sobre el monte de las Olivas, ó sea para retirarse particularmente con ellos, ó sea para ir á pasar la noche á Betania, situada sobre lo alto de la montaña, y que el pueblo iba por la mañana al templo para oírlo y aprovecharse de sus instrucciones. “Y Jesús estaba por el dia enseñando en el templo y por las noches salia y dormaba sobre el monte llamado Olivete.... Y todo el pueblo iba bien temprano por la mañana al templo para oírlo....” Esto es quanto habia sucedido en estos tres últimos dias, desde el triunfo del domingo hasta la tarde de este dia, que era el martes. De esto podemos tomar ejemplo de quanto debemos hacer cada dia.

Primero. Por la mañana, á ejemplo de este pueblo, debemos desechar la pereza y apresurarnos á ir á ofrecer á Dios nuestros homenajes con la oracion: escuchemos las instrucciones de Jesucristo en la meditacion; vamos al templo para unirnos á los fieles y asistir al santo sacrificio.

Segundo. En el discurso del dia. “No olvidemos quanto hemos aprendido en la oracion; llamemos de tanto en tanto á nuestro espíritu las verdades que nos han hecho fuerza en la meditacion; conservémos en el recogimiento, evitemos el demasiado cuidado y solitud y la disipacion en nuestras acciones, y acordémos de vuestras resoluciones....”

Tercero. A la noche. Retrómonos con Jesucristo; demosle cuenta de nuestra conducta, pidámosle perdon de nuestras culpas, escuchemos las tierras reprobaciones que nos hará y los saludables avisos que nos dará, y despues de haberle suplicado que nos dé su bendicion, vamos á tomar nuestro reposo para reparar nuestras fuerzas, firmemente resueltos á pasar mejor el dia siguiente, si nos lo querrá conceder.

MEDITACION CCLXX.

PARABOLA DE LAS DIEZ VIRGENES.

San Mat., c. XXV, v. 1, 13.

Primero: la vida presente es el tiempo de la prudencia; segundo, la muerte y el juicio no son el tiempo de la preparacion; tercero, la puerta del cielo cerrada una vez para alguno, ya no se abre jamás.

PUNTO I.

LA VIDA PRESENTE ES EL TIEMPO DE LA PRUDENCIA.

Primero. El destino de estas vírgenes. “Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes....” Esto es, en el último dia sucederá una cosa semejante á lo que sucedió á diez vírgenes, que son el sugeto de esta parábola. Estas vírgenes estaban escogidas y destinadas para acompañar al esposo y á la esposa en la sala de las bodas y participar del convite. Es claro que este esposo es Jesucristo, la esposa su Iglesia, la sala el cielo, el convite la posesion de Dios, y las diez vírgenes todos los cristianos convidados á las bodas del Cordero y de la Esposa y al convite eterno de esta divina union. Bien que en un sentido los cristianos sean esta Iglesia y nuestras almas sean las esposas de Jesucristo, esto no obstante, como cada uno en particular puede romper esta alianza y las divinas bodas, no dejarán de celebrarse sin él, debemos en esta parábola mirarnos solamente como convidados á las bodas del Esposo divino. Puede cada uno imaginarse cuál era en esta ocasion la satisfaccion de las diez vírgenes convidadas á una pompa tan brillante, y escogidas para tener allí un puesto distinguido. Así puntualmente debemos nosotros estimarnos dichosos de ser cristianos destinados para el cielo, donde gozaremos todos los bienes en las delicias de una fiesta eter-

na. Pero ¡ay de mí! pensamos con frecuencia en esta angusta suerte!

Segundo. *Sus comunes disposiciones.* "Estas diez vírgenes, habiendo tomado sus lámparas salieron al encuentro al esposo y á la esposa...." Esto es, se fueron á la casa de la esposa para esperar al esposo é ir con la esposa delante de él luego que llegase. Era costumbre que la noche de las bodas, el esposo, acompañado de unos jóvenes, iba á buscar á la esposa y la conducía á la sala del convite, y que las jóvenes doncellas, compañeras de la esposa, llevando sus lámparas encendidas, caminaban á la frente del cortejo é hiciesen luz. He aquí bajo qué bella imagen pinta Jesucristo su última venida, que será tan terrible para sus enemigos y de tanto consuelo para su Iglesia, cuando acompañado de sus ángeles volverá sobre la tierra á coger su esposa acompañada de vírgenes, esto es, de todas las almas justas, y la conducirá á la casa de su Padre, en la habitación eterna de la felicidad y de la gloria. Bajo de esta idea debemos nosotros representarnos frecuentemente aquel último día, para excitar nuestra esperanza y enoendernos del amor que merece un tan noble esposo.... Examinemos ahora qué es lo que hacemos nosotros para ser de este número. Estas diez vírgenes toman sus lámparas encendidas, se van á la casa de la esposa, allí esperan al esposo; hasta aquí todo va bien ordenado.... Nosotros hacemos como ellas; estamos en casa de la esposa, en la verdadera Iglesia; nuestra fe es pura y sincera, ella es la lámpara encendida; creemos cuanto cree la Iglesia y condenamos cuanto ella condena. Acaso también le somos adictos en modo particular y estamos singularmente consagrados por nuestra separación del mundo y por la profesión de una vida más regular. Estas son ya grandes ventajas, prósperos principios y buenos fundamentos de que jamás daremos bastantes gracias al Señor. Pero no es esto ya todo; ¿cómo proseguimos nosotros?... Sigamos la parábola y aprovechémosnos de sus instrucciones.

Tercero. *La necesidad de las unas y la prudencia de las otras.* "Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Y las cinco necias, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite; las prudentes, pues, juntamente con las lámparas, llevaron el aceite en sus vasos...." La precaución era sabia, la ceremonia podía ser larga, el esposo podía hacerse esperar largo tiempo, y las lámparas deben estar prevenidas para durar todo el tiempo. ¿Cómo, pues, no hicieron estas reflexiones cinco de las vírgenes? ¿por qué, á lo menos, cuando vieron la precaución de las otras no la tomaron también ellas? Pero no; miraron esta precaución como inútil y superflua, y aun acaso se burlaron de las que la tomaban. Así justamente vemos los pecadores y los tibios burlarse de los justos y fervorosos. Estos no creen haber hecho jamás bastante ni haber to-

mado suficientes precauciones para hallarse preparados á la venida del esposo. Oración, meditación, exámenes, penitencias, frecuencia de sacramentos, buenas obras de toda especie, modestia, recogimiento, huida aun de las más mínimas ocasiones y deseo de adelantarse cada día en el conocimiento y en el amor de Dios; he aquí cuál es su continua ocupación. ¡Ah! dicen los otros, todo esto no es necesario para salvarse, y queriendo justificar su imprudencia, sacan otras mil proposiciones necias é insensatas, de que mil veces hemos sido testigos. Pero si acaso hemos tenido también nosotros tales discursos, pidámonos perdón á Dios y despojémosnos de todo prejuicio con considerar lo restante de la parábola.

PUNTO II.

LA MUERTE Y EL JUICIO NO SON EL TIEMPO DE LA PREPARACION.

"Y tardando el esposo les vino sueño y se durmieron. Y á media noche se levantó un gran ruido de voces; he aquí, el esposo viene, salid al encuentro. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y pusieron en orden sus lámparas. Pero las necias dijeron á las prudentes: dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes diciendo: porque tal vez no basta para nosotros y para vosotras, id antes bien á los que lo venden y comprad para vosotras. Y entre tanto que iban á comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas y se cerró la puerta...." Bien que se pueden hacer excelentes aplicaciones de cada una de estas circunstancias, con todo eso, para comprender toda la fuerza de la parábola y no restringir demasiado su significación, debemos tener solamente en mira el objeto principal, sin detenernos en ciertas particularidades que pertenecen puramente al cuerpo de la parábola, y se refieren solamente por concurrir con el sentido general y hacerlo más perceptible, como hemos dicho en otras ocasiones semejantes. Consideremos, pues, los puntos siguientes:

Primero. *La tardanza del esposo.* He aquí de dónde nació la miseria y desgracia de las vírgenes necias, y he aquí de dónde nace la de muchos pecadores. Si hubiese venido al principio de la noche, cuando sus lámparas estaban dispuestas y prevenidas, habrían estado entonces en estado de recibirlo. Si la muerte hubiese llegado después de aquella confesión hecha con toda la posible diligencia, después de aquel retiro, después de aquella misión, de aquel jubileo, después de aquella entera consagración de sí al servicio divino, habría encontrado una alma bien dispuesta, no solo en estado de gracia, sino llena tam-

PUNTO III.

LA PUERTA DEL CIELO CERRADA UNA VEZ PARA ALGUNO, NO SE VUELVE Á ABRIR PARA ÉL.

Primero. *Consideremos aquí la súplica de las vírgenes necias.* "A lo último vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábre-nos...." Después de haber hecho á toda prisa las vírgenes necias su nueva provision, finalmente volvieron. Se presentan á la puerta de la sala, que hallan ya cerrada; llaman, ninguno les abre, alzan la voz, gritan: "Señor, señor, ábre-nos...." ¿Quién podía declarar el deseo ardiente de estas vírgenes para unirse y participar de una fiesta á que han sido convidadas, de que se ausentaron por solo un instante, y cuya alegría se deja oír aun desde afuera y resuena á las orejas? ¡Ah! ¿cuál será el deseo eterno de los cristianos réprobos? ¿con qué ardor se enderezarán hacia el cielo, donde sabrán hallarse el sumo bien, y que verán cerrado para ellos para siempre? Señor, dirán, abridnos; vos sois el dueño, vos lo podéis; abrid estas puertas de hierro que cerradas nos tienen en esta ardiente prisión. Abrid las puertas celestiales y dadnos entrada en la habitación de vuestra gloria, á la que nos habéis convidado, ó si no nos hemos hecho indignos por nuestra necesidad, abridnos las puertas de la vida donde poder tener una conducta más sabia y merecer nuestro perdón.... Deseos inútiles, y que no obstante jamás podrán apagarse en el corazón del réprobo y harán una porción de eterno suplicio. ¡Ah! este es el tiempo en que debemos gritar: Señor, Señor, abridnos las puertas de la gracia, de la misericordia, de la penitencia, ó antes bien, este es el tiempo en que nosotros mismos le debemos abrir la puerta de nuestro corazón.

Segundo. *La respuesta del esposo.* "Pero él respondió y dijo: en verdad os digo, que no sé quién sois...." Aquí no admito sino á los que conozco; retiraos, no sé quién sois.... ¿Cómo, Señor, podían responder las vírgenes, vos no nos conocéis?... Somos nosotras las que debíamos acompañaros en vuestra ida, y delante de vos llevar la lámpara. Bien nos conoce vuestro esposo, ella es quien nos ha convidado; hemos ido á su casa y ella nos ha recibido con distinción; nos conocen también las vírgenes que vos habéis admitido á vuestro convite; nosotras éramos sus compañeras, nuestras lámparas, como las suyas, han lucido por vos, y con ellas hemos esperado vuestro arribo. Un ligero accidente, una falta de precaución nos ha impedido el acompañar delante de vos; pero nuestra culpa ya está reparada: Señor, ábre-nos. ¡Culpas irreparables! ¿Qué desesperación no ocasionaréis vosotras en el corazón de un cristiano, de un católico, de un sacerdote, de un religio-

bien de fervor. La muerte ha tardado mucho en llegar, se cansó de esperar, se entibió el fervor, y en vez de aprovecharse de esta tardanza para fortalecerse en la virtud y hacer una grande provision de méritos, tomó de ahí ocasion de entibiarse hasta resaca y hasta demorar en el pecado que había detestado una vez. He aquí la necesidad.

Segundo. *La sorpresa de su arribo.* *Sorpresas ciertas.* Si á lo menos hiciese advertir el esposo, si hiciese gritar, preparaos, que vendrá bien presto; pero no, se grita: *he aquí, viene, andad.* — *Sorpresas generales.* El viene cuando ninguno lo espera, cuando todo el mundo duerme, á media noche. *Sorpresas de desesperación para las vírgenes necias que nada tienen preparado y se hallan incapaces de prepararse....* ¿Qué desesperación para los pecadores sorprendidos de la muerte en el pecado! ¿cuál será su confusión cuando en el día de la resurrección general no podrán esconder el horrible estado en que comparecerán sus almas! ¿Y cómo comparecer delante del esposo? ¿quién se ha de hacer? ¿dónde se ha de ir? ¿quién enderezarse? Los otros se presentan con jubilo, llenos de obras y de méritos. Dadnos parte, les dicen, de vuestros méritos; pero los méritos no se comunican, cada uno recibe aquí según sus obras. ¡Cuántos santos están llenos de méritos! Pero no tienen de sobra. ¡Ah! ¿por qué no hice yo como ellas? Ma era ciertamente muy fácil. ¿Dónde están aquellos días en que no sabía en qué ocuparme, aquellos días que he perdido en vanos divertimientos ó en satisfacer mis pasiones? Ya no hay mas tiempo para mí. ¡Oh tiempo precioso! ¿qué no se daría entonces para recobrarlo!

Tercero. *La rapidéz de su pasaje.* Si se pasase á lo menos un poco, si se entretuviese algun tiempo con su esposa; pero no, el esposo se hace esperar y no espera; luego que llega toma su esposa, se la lleva consigo y entran con él los que están preparados. Corred, vírgenes imprudentes, vosotras haceis vanos preparativos. Llorad, pecadores insensatos, que en el curso de vuestra vida habeis sido insensibles á todo y que nada ha podido hacer os sabios; llorad ahora, gritad, desesperaos; buscad los medios de reparar vuestra necesidad; pero mientras buscáis vosotras, el esposo ha pasado, ha entrado, la puerta está cerrada, la vida se acabó, ya no hay lugar para arrepentimiento, para penitencia, para misericordia. Oros estas verdades, es Jesucristo mismo quien me las enseña con esta afectuosa parábola que me propono. Y perderé aun en vanos entretenimientos el tiempo que él me da para prepararme? ¡Ah! no lo haré así de cierto, ¡oh Señor! mediante vuestra gracia divina.

so, de una alma, en una palabra, que había empezado tan bien, que había tenido tan buenos momentos, que una vez había sido tan fervoroso, pero ha tenido la desgracia de no perseverar en el bien y de dejarse sorprender de la muerte: ¿Y qué? por un momento de negligencia, por un pecado que ha diferido de purificar, de expiar, todo se habrá perdido? ¡Oh momento terrible! ¿Quién no temerá, quién no velará sobre sí mismo?

Tercero. *Conclusion.* "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora... en que ha de venir el Hijo del hombre..." Primero. Alabemos la bondad del Salvador por habernos advertido estas verdades importantes. Observemos cuántas veces nos ha repetido esta advertencia, en cuántas maneras nos la ha propuesto y nos la ha representado, con cuántas parábolas nos la ha hecho perceptible; prueba bien convincente de que quiere nuestra salvación y que conoce la importancia de este punto, de que depende todo lo restante... ¡Ah! si pudiésemos comprenderlo bien nosotros mismos! Segundo. Tomémoslo sólo el pensamiento de nuestra pasada imprudencia, por la que nosotros nos hemos expuesto temerariamente; demos gracias á Dios de no habernos sobrecogido en aquel fatal momento en que han sido sorprendidos tantos otros. Tercero. Formemos sólidas y sinceras resoluciones, y para en adelante tomemos nuestras medidas... ¿Cuál sería la estulticia y cuál sería nuestra necesidad si después de tantos avisos tuviésemos la desgracia de ser sorprendidos?

PETICION Y COLOREJO.

¡Ah! No lo permitais, ¡oh Dios mio! aun cuando me quedaran todavía cien años de vida, los pasaría en vuestro servicio, ¡oh divino Salvador mio! los emplearía en prepararme á bien morir. Sostenedme, ¡oh Jesús! con vuestra gracia, para que cumpla finalmente la resolución que vos mismo me inspirais en este momento. Amen.



MEDITACION CCLXXI.

PARABOLA DE LOS TALENTOS.¹

S. Mat. c. XXV, v. 14, 30.

Primero, del señor que distribuye los talentos; segundo, de los siervos que ponen á ganancia los talentos; tercero, del siervo que deja infructuoso su talento.

PUNTO PRIMERO.

DEL SEÑOR QUE DISTRIBUYE LOS TALENTOS.

Primero. *Distribuye los talentos con bondad.* "Porque (la cosa es) como cuando un hombre partiendo á un país muy lejos llamó sus siervos, y puso en sus manos sus bienes..." ¡Qué bondad en este señor y que fortuna para estos siervos! Ellos nada tenían, y este tierno señor les confía lo que tiene, y confiándoseles, los pone en estado de trabajar y merecer su recompensa. Cada uno de nosotros es uno de estos siervos, que de suyo nada tiene, y que en el orden de la naturaleza y en este mundo ha recibido de Dios todo lo que tiene. Pero en el orden de la gracia debemos considerar que este señor es Jesucristo, que subiendo á los cielos, ha dejado á su Iglesia todos sus bienes, todas sus gracias, sus méritos, sus palabras, sus verdades y sus sacramentos. Todo lo que tenemos en este género, viene de él. Apliquémonos á darle gracias y á hacer buen uso de sus dones.

Segundo. *Distribuye los talentos con diversidad.* "Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y uno al otro..." Ninguno puede lamentarse de que lo han olvidado. El Señor á todos les ha dado. Ninguno puede quejarse de esta diversidad; él es el dueño que lo ha querido así. No toca á los siervos reprender al señor de lo que obra. El que tiene menos no debe tener envidia del que tiene mas, porque este tiene ciertamente que trabajar mas y ha de dar mayor cuenta. El que tiene mas no tiene que despreciar al que tiene menos, porque este con el poco tiempo que tiene, puede ser mas diligente y mas fiel á su Señor; y por otra parte, tendrá siempre menos cuenta que dar. Debemos, pues, todos dar gracias al Señor, y amarlo, y aplicarnos cada uno en cuanto nos será posible, á aprovecharnos de sus beneficios, á emplearlos en su servicio y á estar siempre preparados á darle cuenta. ¡Es esto lo que nosotros hacemos?

Tercero. *Distribuye los talentos con sabiduría.* A cada uno segun su capacidad... Ésta

¹ Hemos visto una parábola semejante á ésta en S. Lucas, c. XIX, v. 11 Meditación CCXXVI.

diversidad es un efecto de la sabiduría. Así lo hacen los hombres sabios. Dios no encuentra en nosotros disposición alguna natural que no se derive de él; en la distribución de sus dones sobrenaturales ha mirado no á las disposiciones naturales sino á lo que conviene á la manifestación de su gloria; con que esta expresión significa aquí que Dios distribuye sus dones segun su santa sabiduría y segun los diferentes designios que tiene de cada uno de nosotros.¹ La Iglesia forma un cuerpo compuesto de diferentes miembros; estos miembros tienen funciones diferentes, y Dios adapta sus gracias á las funciones que exige de cada uno y á los empleos á que los destina. No son todos apóstoles, profetas, doctores. Guardémonos, pues, de querer desconcertar esta armonía, que es el efecto de la sabiduría de Dios. No evitemos el empleo de los otros, no lo pretendamos; no critiquemos la manera con que el otro cumpla sus obligaciones, no nos entremetamos ni mezclemos en lo que no nos importa. La única emulación que se nos permite y aun se nos encomienda es, de aprovecharnos y hacer fructificar en cuanto podamos el talento que Dios nos ha fiado; de cumplir con toda la posible exactitud, el empleo que se nos ha encargado, y de ponernos con esto en estado de cumplir con fruto todos aquellos que la divina Providencia nos querrá confiar. ¿Querremos nosotros seguir un camino aun mas excelente? Cumplamos las obligaciones de nuestro estado, abracemos por medio de una caridad ardiente toda la Iglesia, deseemos contribuir al bien general por medio de nuestro particular trabajo, como trabaja cada miembro por todo el cuerpo haciendo sus particulares funciones.

PUNTO II.

DE LOS SIERVOS QUE PONEN Á GANANCIA SUS TALENTOS.

Primero. *Su trabajo mientras está su señor ausente.* "E inmediatamente se partió. El que había recibido cinco talentos, se fué á negociar con ellos, ganó otros cinco; del mismo modo el que había recibido dos ganó otros dos." Trabajo prontamente comenzado. Distribuidos que fueron por el señor los talentos, luego inmediatamente se partió. El siervo encargado de los cinco salió luego y trabajó para sacar provecho de ellos; lo mismo hizo el siervo que había recibido los dos. No hay que perder tiempo. Desde la juventud es necesario consagrarse al Señor y trabajar únicamente por él. Luego que una persona está provista de un empleo, colocada en un puesto, debe cumplir sus obligaciones y aten-

¹ Ad Cor., esp. XII, v. 11.

der á su propio ministerio. Trabajo valerosamente sostenido. "Después de largo tiempo volvió el señor de aquellos siervos..." El señor estuvo largo tiempo ausente; pero los fieles siervos no aflojaron y continuaron con fidelidad, con tesón y perseverancia. El escollo de nuestra virtud y de nuestro celo es este largo tiempo. Muchos comienzan bien, duran por algun tiempo; pero ¡oh cuántas veces la vida larga de algunos ha sido fatal á su propia gloria y salvación y á los intereses de la Iglesia! Finalmente, trabajo coronado con un éxito feliz. Salió bien a los dos y consiguieron doblar la suma recibida. Examinémos sobre esta modelo; reparamos lo pasado y apliquémonos á proveer para el porvenir.

Segundo. *Su confianza al arribo de su señor.* "Y los llamó á cuentas, y viéndolo al que había recibido cinco talentos, he aquí cinco de mas que he ganado..." Se presentó después tambien el otro que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, tú me diste dos talentos, he aquí que he ganado otros dos..." Inmediatamente se presentan estos siervos fieles. Suspiraban la llegada de su señor; veían para encontrarlo al punto que oyen que los llama. Con una alegría inefable ven el fin de sus penas; nada sienten dejar una vida que se consuelan haber empleado totalmente en su servicio. Se le acercan sin sobresalto; y qué habían ellos de temer de un Señor que han amado siempre y por quien solo han trabajado? ¡Ah! no es así de aquellos que han perdido de vista á su Señor y han olvidado sus intereses. ¿Qué sorpresa, qué espanto cuando se les anuncia que es necesario dar cuentas! Con todo eso, ó preparados ó no preparados, esta es una cuenta que nadie puede evitar... Presentan estos siervos sus talentos sin turbarse. El que había recibido cinco talentos le presentó otros cinco que había ganado, y el que había recibido dos le presentó otros dos. Almas libradas del infierno, sacadas fuera del pecado, intruidas, compungidas, edificadas, vicios combatidos y desarraigados, la fe defendida y sostenida, la autoridad de la Iglesia reparada y conservada, y en sí mismos un aumento de gracias, una multiplicación de obras de piedad, de penitencia, de caridad; he aquí lo que presentan los siervos fieles... ¡Ay de mí! ¿y yo qué es lo que presentaré? Finalmente, reconocen que todo lo toca al señor; nada se apropian... "S. hor, tú me has dado cinco talentos..." Helos aquí, son tuyos, te los vuelvo; he aquí cinco de mas que he ganado. Son estos tambien tuyos, te los doy tambien. La humildad es la base de la confianza, así como es el fundamento de toda virtud. El que no reconoce que todo el bien que tiene y que hace, viene de Dios y pertenece á él, no tiene en sí otra cosa que un intolerable orgullo, y su confianza no es otra que una necia presunción.

Tercero. *Su recompensa en el juicio de su señor.* "Le dijo su señor; bien está, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, te haré señor de mucho: entra en el gozo de tu señor. Primero. *Los siervos fieles son primeramente alabados por su señor.* "Bien está, siervo bueno y fiel." Esta aprobación y estas alabanzas, ¡oh y qué abundantemente resarciran al siervo fiel de las que los hombres le han negado y que él ha desechado, y también de los dichos, de las sátiras, de las calumnias y de los insultos que han usado con él, por su fidelidad y por su celo! Segundo. *Los siervos fieles reciben de su señor grandes promesas.* "Te haré señor de mucho..." Esta promesa lo mira todo en un punto. La vida presente, en que aquel que se sirve bien de las primeras gracias recibe otras mayores, y el que cumple bien sus primeros empleos, recibe otros mas importantes; y la vida futura, en que cada uno es recompensado á proporción de su trabajo, y siempre de manera que la recompensa es infinitamente superior al trabajo. Finalmente, *los siervos fieles reciben de su señor la entrada en el cielo.* "Entra en el gozo de tu señor..." ¡Oh qué entrada para un pobre mortal que sale de esta vida! ¡Entrar en el cielo, ver á Dios intuitivamente, gozar de él; poseerlo, amarlo, entrar en la participación de su eterna y esencial felicidad! ¡Ah! si nosotros viviésemos presente á nuestro espíritu la idea de aquella infinita felicidad, ¡con qué ardor trabajaríamos! Todo lo que hacemos, todo lo que padecemos, y aun el martirio mas largo y mas cruel, nos parecería poco en comparación de la gloria futura que se manifestará en nosotros.

PUNTO III.

DEL SIRVO QUE ESCONDE SU TALENTO.

Primero. *La injusticia de su conducta.* "Pero aquel que había recibido uno, fué, hizo un hoyo en tierra, y escondió el dinero de su señor..." La injusticia de este siervo nos indica: primero. La injusticia de aquellos que por pereza no hacen todo aquel bien que podrian hacer y que están obligados á hacer, segun su talento y por su estado; de aquellos que no obedecen á su vocación y rehusan entrar en un estado, ó de aceptar un puesto en que habrian de trabajar, bien que para esto tengan el talento necesario y sean llamados por Dios; de aquellos que siempre buscan una vida de reposo, y finalmente, de todos aquellos que temen las penas de la virtud y del celo y que por esto abandonan su practica. Esto es esconder el dinero del señor. Segundo. La mayor injusticia de aquellos que por motivo de aficiones terrenas en vez de hacer valer el talento que han recibido para las utilidades de

su señor, le hacen servir únicamente á su ambición, á su avaricia y á sus placeres; que solamente atentos á objetos terrenas, se consagran á ellos, consagran sus trabajos, sus vigilias, su cuerpo, su espíritu, su empleo, su autoridad y hasta su misma virtud. Esto es esconder su talento debajo de tierra. Tercero. La intolerable injusticia de aquellos que por motivo de disolución ó de impiedad, emplean el talento recibido de Dios, en engañar las almas, en corromper las costumbres, en inspirar el error, en combatir la Iglesia y la religion. Aun cuando la presente parábola no mire á estos directamente, no nos da ella misma á conocer cuánto mas abominable sea su conducta á los ojos de su Señor, cuando se valen contra él á de sus propios beneficios.

Segundo. *El absurdo de sus discursos.* "Presentándose, pues, también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que sois un hombre austero; siega donde no sembras, y recoges donde no esparciste; y temeroso me fui, y escondí tu talento debajo de tierra; he aquí tienes lo que es tuyo: respondiendo su Señor, le dijo; siervo malvado y flojo, tú sabias que siega donde no siembro, y recojo donde no he esparcido, debias, pues, dar mi dinero á los banqueros, y á mi vuelta, habria yo cogido lo mio con interés..." La malvada excusa de este siervo pereoso era de sumo ultraje al Señor y de condenacion para él mismo. Y con todo eso, esta es el modelo sobre que los pecadores procuran aun justificarse, y la conclusion se vuelve siempre contra ellos mismos.... La salud, van diciendo ellos, es un negocio muy difícil.... *deben, pues, aplicarse á ella.* Pocos son los que se salvan.... *deben, pues, seguir el número pequeño y no la multitud.* Mis pasiones son vivas al sumo.... *debeis, pues, trabajar para domarlas y evitar todo lo que las puede irritar.* El mundo está tan corrompido, es tan engañoso.... *debeis, pues, huirlo y comparecer solo en él por necesidad y con toda suerte de precauciones.* El infierno, la muerte, la eternidad y el juicio, son verdades las mas terribles.... *debeis, pues, meditarlas, y sin acalorar vuestra imaginacion hasta el punto de trastornarla, debeis haceros servir de contrapeso á vuestras pasiones y á la vanidad del mundo, y evitar con esto lo que ellas tienen de terrible, y no ya alejar el pensamiento para precipitaros como ciegos y asegurarnos una miseria, cuyo solo pensamiento hace temblar á todo ente racional.* Es posible que se discorra tan mal en un negocio de tanta consecuencia, y que discursos tan necios procuren la tranquilidad y á un gran número de personas que se creon sabias?

Tercero. *La severidad de su castigo.* "Quitadle, pues, el talento que tiene, y dádsele al que tiene diez talentos, porque al que tiene se le dará y se hallará en la abundancia, y al que no tiene se le quitará aun aquellos que parece que tiene. Y al siervo inútil arrojado en las tinieblas

exteriores; allí habrá llanto y crugir de dientes." El primer suplicio de los pecadores en el juicio de Dios, será la vergüenza de verse convenidos por sus propios razonamientos. El segundo, el despecho de ver que las gracias que se les habían concedido y de que no sacaron provecho, se las han quitado y dado á los que se aprovechaban mejor de ellas, y que aquellos que ellos mas despreciaban, se han enriquecido á su costa, con sus mismos despojos. El tercero, la desesperacion de verse condenados sin apelacion y por culpa suya á padecer en los suplicios eternos todo el rigor de la justicia de Dios. Ha aquí las terribles verdades que Jesucristo, nuestro divino Maestro, nos ha revelado, y que ha envuelto debajo de las parábolas, justamente para hacérselas mas perceptibles y mas familiares. ¡Ay de nosotros si las olvidamos y no sacamos de ellas provecho!... *Llanto y crugir de dientes;* posemos bien estas expresiones de que el Salvador se ha servido tan frecuentemente para declarar los sentimientos amargos de los réprobos.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, si vuestra justicia ha tratado así al siervo inútil que no ha puesto á interés un solo talento, ¿qué será de mí que he recibido muchos, á quien vos habeis hecho tantas gracias de que he hecho un continuo abuso, de mí que no solo he disipado todos vuestros dones, sino tambien los he empleado contra vos? ¡Oh y cuánto tenéis que reprender en mí! Dios de bondad, tened piedad de mí antes de aquel terrible dia en que entrareis en cuentas conmigo. No me quiteis vuestros dones, que conozco muy bien haber merecido perder. Resuelvo desde ahora hacer mejor uso con vuestro divino socorro, trabajaré sobre mi salvacion con valor, con humildad y con un progreso que ayudado de vuestra gracia, me conducirá á vuestra gloria. Amen.

MEDITACION CCLXXII.

DEL ULTIMO JUICIO.

San Mat., c. XXV, v. 31, 45.

Primero, del aparato de este juicio; segundo, de la sentencia que se pronunciará en favor de los justos; tercero, de la que se pronunciará contra los réprobos.

PUNTO I.

DEL APARATO DE ESTE JUICIO.

Primero. *Del juez.* Y primeramente de la majestad con que comparecerá.... "Cuando

vendrá, pues, el Hijo del hombre en su majestad...." Cuando Jesucristo coronado y tal cual está al presente á la diestra de su Padre, bajará del cielo, se mostrará visiblemente y en persona en todo el esplendor de su majestad. ¿Y quién jamás podrá imaginarse cuál será esta majestad del sumo Juez? ¿quién podrá conocer ni sostener su resplandor?

Segundo. *Su cortejo.* "Y con todos los ángeles...." Todos los ángeles del cielo lo acompañarán en calidad de sus súbditos, de ministros de su voluntad y de ejecutores de sus órdenes. ¡Oh qué multitud de espíritus bienaventurados! ¡qué esplendor, qué fuerza, qué celo, qué potencia! ¿deben ser tuvo por muerto por haber visto un ángel. A la vista de solo un ángel, las guardias del sepulcro de Jesucristo cayeron como muertas. ¿Qué terror no inspirará, pues, aquella multitud innumerable de espíritus celestiales que rodearán á su Rey?

Tercero. *Su trono.* "Entonces se sentará sobre el trono de su majestad...." ¿Qué nos podremos nosotros imaginar tambien de la gloria de este trono? La nube mas resplandeciente, el arco mas magnífico que jamás haya comparecido á nuestros ojos en el cielo, son nada por cierto en comparacion de lo que entonces veremos. Y si el mas mínimo fenómeno que se ve en el cielo infunde tanto terror sobre todos los corazones, ¿qué será ver á Jesucristo mismo en persona sentado sobre aquel trono resplandeciente, rodeado de sus ángeles, teniendo á sus pies todas las naciones y disponiéndose á decidir de su suerte eterna? ¡Ah! si nosotros viviésemos este pensamiento presente á nuestro espíritu, lo serviríamos acaso mejor y con mas fervor, y cuando lo vemos oculto bajo los símbolos eucarísticos y sentado sobre el trono de su misericordia, estaríamos acaso en su presencia con mayor respeto y recogimiento y mereceríamos verlo en el último dia con mayor confianza, sentado sobre el trono de su justicia.

Segundo. *De los hombres que deben ser juzgados.* Lo primero, *su presencia.* "Y se juntarán delante de él todas las naciones...." Esto es, todas las naciones de todos los países y de todos los tiempos, todos los hombres, desde el principio hasta el fin del mundo. No nos detengamos aquí á buscar oríolos y regular su suceso, segun el orden de los siglos, sabrá bien juntarlos. Pensemos solamente que allí estarán todos, que nosotros, seamos quien nos fuésemos, nos hallaremos tambien allí, con todos aquellos que hemos conocido, á quien pertenecemos y con quien hemos tenido alguna relacion, sin que ellos ni nosotros podamos dispensarnos de comparecer. Lo segundo. *La manifestacion.* Serán conocidos todos, y no solo conocidos del Juez y sus ángeles, sino tambien de todos aquellos que estarán allí presentes para ser juzgados igualmente. No espe-

remos que ó nosotros ó cualquiera otro se pueda esconder entre la multitud. La luz de Dios, infinita en sí misma é inefable en sus operaciones, lo pondrá todo en evidencia, y cada uno será conocido, manifestado y señalado de todos, como si fuese el solo que Dios quisiese exponer á la vista de todas las criaturas. Lo tercero. *Su confusión.* ¡Ah! ¿dónde iré, Señor, dónde me esconderé? No me queda otro recurso que la penitencia y vuestra misericordia, oh Dios mío! para evitar la vergüenza de aquel terrible día.

Tercero. *De la separación de los buenos y de los malos.* "Y él separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la siniestra..." ¡Terrible preliminar, cruel separación! Pero separación justísima que se fundará solo en el mérito, en el estado de gracia ó de pecado. ¿Pondrá acaso á un lado las testas coronadas, los grandes, los nobles, los ricos, los sabios, y al otro los plebeyos, los pobres, los ignorantes? No. ¿Pondrá acaso á un lado los eclesiásticos y los religiosos, y al otro las gentes del mundo? No, todos estos serán solo separados de modo que á un lado estarán las ovejas dóciles á la voz del soberano pastor, y todos aquellos que habrán muerto en su gracia, y al otro los cabritos imundos, y todos aquellos que habrán muerto en el pecado, de cualquiera clase, de cualquier estado que fuesen en el mundo. Separación que se hará sin resistencia, con la misma facilidad con que el pastor separa su ganado. ¡Ah! ¿quién podría resistir el soberano poder? ¿quién podría, ni se atrevería á luchar contra la soberana sabiduría? ¿Quién se atrevería á decir: yo soy oveja, y con todo eso, me hallo á la siniestra? No se mostrará por ventura á todos la evidencia? La diferencia de una oveja á un cabrito no deja engañarse al pastor. Mucho mayor será la diferencia entre los cuerpos de los justos y de los réprobos: podrán acaso equivocarse ó engañarse los ángeles de Dios? No, cada uno será obligado á hacerse justicia á sí mismo y á ponerse en el puesto que le conviene. Finalmente, separación que será solamente el preludio de la formidable y postrera separación Esposos y esposas, ¿restareis vosotros separados ó unidos á la derecha? Hermanos, hermanas, parientes, amigos, vosotros que habitais en la misma ciudad, que sois de una misma parroquia, que vivis en una misma casa, ¿estareis separados? ¡Oh santos y santas, almas justas de todos los países y de todos los siglos, ¿osotras estareis reunidas, pero á la diestra! Cuanto á mí, ¿dónde estaré? ¿Con quién me hallaré reunido?

PUNTO II.

DE LA SENTENCIA EN FAVOR DE LOS JUSTOS.

Primero. *Los términos de la sentencia.* "Entonces el rey dirá..." No es necesario preguntar qué rey, ya no habrá mas que uno solo. Este rey tan poco temido ahora, se hará oír entonces, y oh con qué atención, con qué agitación de corazón y con qué diversidad de pensamientos será entonces escuchado. "Entonces el rey dirá á aquellos que estarán á su mano derecha: Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que se os ha preparado desde la fundación del mundo..." ¡Oh palabras de sumo consuelo para aquellas ovejas fieles y acostumbradas á seguir la voz de su divino Pastor! Ya no se les dirá, andad en medio de los lobos, haced penitencia, vended lo que tenéis y dadlo á los pobres; renunciad á vosotros mismos, sufrid, padeced, llevad vuestra cruz; se les dirá, sí, venid, poseed, gozad en paz la gloria, las riquezas, las delicias acumuladas en el reino que os ha preparado el que ha criado el universo, que es vuestro padre y de quien vosotros sois hijos amados... Oigan los réprobos estas tiernas palabras, sepan lo que han perdido, vean á aquellos que han sido puestos en posesión, y oh qué horrible principio de infierno les causará una tal vista, en qué desesperación los echará! Pero no basta aun esto; para mas aumento de pena, oigan y sepan los motivos.

Segundo. *Los motivos de esta sentencia.* "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui peregrino, y me hospedasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis á mí." ¡Oh y cuánto nos deben animar estas palabras á dar limosna á los pobres, á visitar los enfermos y á animar aquellos que están dedicados al servicio de los unos y de los otros! Pero se pregunta: ¿se quedarán acaso las otras virtudes sin elogio y sin recompensa en el día del juicio? No, sin duda ha querido el Salvador con estas palabras recomendar el amor del prójimo, sin excluir las otras virtudes, así como cuando enconcienda la fe y dice: El que creerá será salvo, no excluye las obras de caridad. Pensemos aquí solamente á imprimir bien en nuestros corazones la obligación de practicar esta virtud. Y si el Redentor axalta aquí unas obras tan pequeñas en sí, tan poco difíciles, tan poco austeras, ¿qué será de las obras mas considerables; ¿qué será el haber consagrado los propios bienes, la propia persona, la propia vida al servicio del prójimo? Y si las obras corporales de caridad son de un precio tan grande, ¿qué será de las obras espirituales hechas con el mismo espíritu de caridad? ¡Ah! no dejemos alguna, busquemos las ocasiones de ejercitarlas y alegrémonos de encontrarlas.

Tercero. *La sorpresa de los justos.* "Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento y te hemos dado de comer, sediento y te hemos dado de beber; ¿cuándo te hemos visto peregrino y te hemos hospedado, desnudo y te hemos vestido? ¿cuándo te hemos visto enfermo ó encarcelado, y te hemos visitado? Y respondiendo el Rey, les dirá: en verdad os digo que cada vez que habeis hecho cualquiera de estas cosas á uno de estos mis hermanos pequeños, me las habeis hecho á mí..." Esto nos enseña, primero, que los méritos de los justos se hallarán en la otra vida mucho mas grandes de lo que ellos mismos se habian imaginado: en esta, y será esto para ellos un motivo de sorpresa bien dulce y de gran consuelo. Segundo, que la excelencia y la grandeza de estos méritos viene de la union que Jesucristo ha contraído con nosotros, por medio de la cual él es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros, y así él está en nosotros y en todos los cristianos en una manera tan íntima, que sobrepaja nuestro entendimiento. Este gran rey no se desdén de llamarlos sus hermanos y de mirar como hecho á él mismo lo que hacemos á los otros y lo que los otros nos hacen á nosotros. No es esta ya una exageración; es una verdad que él mismo nos asegura con juramento. Tercero, que para tener este mérito, no es necesario tener siempre presente esta idea ni esta intencion formal. A la verdad, es mejor tenerla, y justamente por esto nos hace saber aquí el Salvador su respuesta; pero nos representa á los justos como si no la hubiesen tenido, para enseñarnos que las obras de caridad hechas por su amor y sin reflexion, no dejan de tener el mérito de que él nos habla. ¡Oh cuán amable, cuán grande y de cuánto consuelo es todo esto! y oh qué viva impresion debe hacer sobre nuestros corazones!

PUNTO III.

DE LA SENTENCIA CONTRA LOS RÉPROBOS.

"Entonces dirá también á los que están á la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué preparado para el diablo y para sus ángeles..." ¡Qué golpe de rayo! ¿quién podrá oírlo sin estremecerse, sin horrorizarse! Al oírlo quedarán aterrados hasta los justos; ¿qué será pues de los pecadores? ¿podrá acaso hallarse en estas sola una palabra que no lleve consigo la mas horrenda desesperación? ¡Ser arrojados y apartados de la presencia del Rey, de su Dios, de su Salvador! no llevar otra cosa consigo que la maldición de Dios y de todas las criaturas! ¡ser condenados al fuego, y á un fuego eterno! ¡ah! no se habia ya preparado para estos hombres maldi-

tos, sino para el demonio y para sus ángeles que los han engañado, habiendo querido mas seguir sus abominables sugerencias que obedecer á las leyes divinas de su Criador.

Segundo. *Los motivos de esta sentencia.* "Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me hospedasteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis..." Luego es un gran delito la dureza para con los pobres, la insensibilidad á las necesidades del prójimo, la negligencia en socorrerlo y en consolarlo. ¡Ah! ¿qué será, pues, haberlo empobrecido, engañado, despojado, afligido, calumniado y maltratado; ¿qué será el haber cometido estas injusticias, no solo contra los simples fieles, sino tambien contra los que pertenecian mas de cerca á Jesucristo, que le estaban especialmente consagrados, que estaban al frente de su pueblo, á quienes habia dado la incumbencia de guiarlo; haber cometido estas injusticias en odio de Jesucristo, de la religion, de la Iglesia y de la piedad, para apartar los fieles de la confianza que tenían en los que los guiaban en los caminos de la salud. ¡Ah! qué desesperación causarán en el último día ciertos golpes de lengua envenenada que se oyen, ciertas malignas complacencias del corazón, tantos fraudes, tantas conjuraciones y tantas manchas con que procuran algunos denigrar la fama de otros, tan comunes hoy entre nosotros, siendo cierto que allí se castigarán hasta las omisiones de los socorros, de las consolaciones y de la protección que pedia la caridad.

Tercero. *La sorpresa de los pecadores.* "Entonces le responderán tambien ellos diciendo: Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado y no te hemos asistido? Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo, cada vez que no habeis hecho esto por uno de estos pequeños, no lo habeis hecho tampoco conmigo..." Esto nos enseña: primero, que de las penas de los réprobos será de ver entre los escogidos aquellos mismos que ellos habrán despreciado y á quienes habrán negado su asistencia. Pero no se debe concluir que solo la falta de caridad será entonces digna de castigo cuando habrá sido cometida con los escogidos, ó que la caridad será solamente digna de recompensa cuando se habrá hecho á los escogidos. No conviene hacer una tal diferencia; todos los cristianos, todos los hombres pertenecientes á Jesucristo, y entre tanto que viven sobre la tierra, pueden ser ó hacerse miembros y hermanos de Jesucristo é hijos de su Iglesia. Segundo, que la gravedad de los pecados cometidos contra el prójimo, deriva de la union inefable de Jesucristo con los hombres, por lo cual considera él como hecho á sí mismo lo que se hace con el prójimo. ¡Ah! no perdamos de vista esta verdad que él nos ates-

gna con juramento. Tercero, que lo mismo se debe decir á proporción de los pecados cometidos, no solo contra Dios, contra la religion, contra los sacramentos, sino tambien contra nosotros mismos, con la destemplanza, con la impureza y con otras semejantes culpas. De hecho, los pecadores tendrán motivo de quedar sorprendidos al ver que sus pecados miran tan de cerca al rey y al sumo juez. Esto es lo que lo ha hecho decir á san Pablo, que el abandonarse á la impureza es prostituir un miembro de Jesucristo y profanar el templo del Espíritu Santo. Comprendamos y meditemos bien esta verdad. El mundo se burla de ella; pero la conocerá en el día último, cuando ya no será tiempo de aprovecharse de este conocimiento.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh divino Salvador! que un día separareis en una manera visible vuestros escogidos de los réprobos; separadme desde ahora con vuestra gracia de los que merecen solamente vuestra cólera. Encended mi corazón con el fuego de vuestra divina caridad, haced que yo tema vuestros juicios, para que así evite su rigor y os ame para merecer ser de vuestros amados. Amen.

MEDITACION CCLXXXIII.

DE LA EJECUCION DE LA SENTENCIA DEL JUICIO FINAL.

San Mat., c. XXV, v. 46.

Primero: esta ejecucion fijará la suerte de todas las criaturas; segundo, esta ejecucion justificará la conducta de Dios sobre todas sus criaturas; tercero, esta ejecucion ha sido y es bastante conocida de las criaturas.

PUNTO I.

EJECUCION QUE FIJARÁ LA SUERTE DE TODAS LAS CRIATURAS.

Primero. *La suerte de todos los pecadores.* "E irán estos al eterno suplicio..." ¡Al suplicio! Esta palabra lo dice todo. Para ellos ya no hay otra cosa que suplicio, un suplicio que corresponde á la justicia infinita de Dios que lo ha decretado. Para ellos todo es suplicio, el lugar, el fuego, la compañía, lo presente, lo venidero, su cuerpo, su alma, el cielo, los santos, Dios mismo. Suplicio sin mezcla de bien, sin interrupcion, sin disminucion y que pone a todo el colmo sin fin... ¡Quién podrá pensar en un estado tan terrible sin quedar penetrado de espanto!

Suplicio para todos los pecadores, ángeles y hombres, para todos aquellos que no han querido creer á la palabra de Dios ni obedecer á sus preceptos en toda la continuacion de los siglos y de las generaciones. Y ¡oh cuál será el número horrible de pecadores que caerán en el suplicio! ¡qué terrible ejecucion! Si temblamos solo al pensar en ella, ¡qué será verla, estar presentes y ser testigos! ¡Ah! ¡qué será su objeto? Misericordia, ¡oh Dios mio! tened piedad de mí, salvadme; quiero servirlos fielmente.

Tercero. *La suerte de los justos.* "Y los justos irán á la vida eterna..." ¿A la vida? Esta palabra lo dice todo. Vida en Dios, vida con Dios, vida de Dios, vida de amor que contiene todas las delicias, todas las bendiciones del Ser Supremo, del Ser esencial é infinito. Para ellos ya no hay otra cosa que vida; todo para ellos es amor y delicias; el lugar, la compañía, lo presente, lo pasado y lo venidero; el cuerpo, el alma, el infierno mismo de que han escapado, y los réprobos, de quienes están separados, y mas que todo el autor de su libertad y de su salvacion; su autor, su Salvador. Vida pura sin mezcla, sin sombra de mal, de fastidio, de disgusto ó de temor, sin la mas mínima interrupcion ó disminucion de delicias, y con la certidumbre de que jamás se acabará una vida tan bienaventurada. Vida para todos los justos ángeles y hombres, para todos aquellos que habrán conservado la fe y observado la ley en toda la continuacion de los siglos y de las generaciones. ¿Y cuál será, pues, el número de estos bienaventurados que irán á la vida? Si se comparan con el número de los réprobos, es el rebaño escogido, es el pueblo de eleccion, es la nacion santa, es el pequeño número; pero si se considera en sí mismo es multitud innumerable, aquellos hijos verdaderos de Abraham, comparables por su número á las arenas del mar y las estrellas del firmamento.... Trabajemos, pues, con valor para ser de este número; esperemos serlo, y esta esperanza nos anime á merecerlo.

Tercero. *La suerte de los unos y de los otros por la eternidad.* Suplicio eterno, vida eterna, no hay mas mutacion, no hay variacion, ya no hay conversion, ya no hay caída. Todo está fijo, todo está firme para siempre. ¿Para siempre? ¡Oh qué grande palabra! ¿ser infeliz para siempre! ¿ser bienaventurado para siempre! ¿He aquí lo que debe sostener nuestro fervor y nuestra paciencia y responder á todas las sugerencias del demonio!.... ¿Y qué? ¿nos va él diciendo hacerse siempre violencia, siempre combatir, siempre sufrir? ¡Ah! ¡engañador! A nuestra breve vida sobre la tierra la llamas siempre; ¿y qué cosa es nuestra vida en comparacion de la duracion del mundo? ¿y qué cosa será toda la duracion del mundo en comparacion de aquella eternidad, ó de suplicio ó de delicias que no se acabará jamás? ¡Dios eterno! á vos solo pertenece la eter-

nidad, á vos solo conviene dar la eternidad; ninguna otra cosa os conviene dar que la eternidad. Una recompensa que no fuese eterna, seria indigna de vos y no satisfaria los designios de vuestro amor infinito; un castigo que no fuese eterno no diría bien á vos ni satisfaria la idea de vuestra infinita justicia. Vos nos habeis hecho, vos habeis hecho nuestro corsazon. Una recompensa que debiera acabarse no nos traería á vos; un castigo que debiera acabarse no nos haría temer. Pero en vuestra eternidad, vos teneis con qué someternos y domarnos, con qué hacernos temer y adorar, servir y amar. Porque ¿quién no amaría un Dios tan grande, tan poderoso, tan justo, tan magnífico, un Dios tan bueno que nos manifiesta el rigor de sus castigos solo para hacernos evitar y para hacernos merecer mas seguramente la grandeza de sus recompensas?

PUNTO II.

EJECUCION QUE JUSTIFICARÁ LA CONDUCTA DE DIOS SOBRE TODAS LAS CRIATURAS.

Cuando consideramos lo que sucede aquí en la tierra, no se nos presenta por parte alguna otra cosa que un escándalo universal que hace elevarse al impío hasta sobre el mismo Dios. Pero el cristiano, en la sentepcia del juicio universal y su ejecucion, hallará el remedio á este mal aparente y la justificacion de la conducta de Dios sobre todas las criaturas.

Primero. *Escándalo en la fe y en la religion.* Cada nacion ha tenido sus dioses que ha opuesto al Dios de Israel, cada pueblo tiene aun hoy en día sus supersticiones y sus fábulas que oponen al cristianismo. En el cristianismo mismo, diferentes reinos, Estados y repúblicas tienen sus diferentes dogmas, sus diferentes sistemas opuestos á la fe de la Iglesia romana. Todos dicen que siguen la verdad, y verdaderamente afectan su lenguaje. ¡Ah! ¿cómo aclamar y desenvolver este caos? El impío triunfa, renue sus hechos, muestra sus semejanzas, confunde el mismo tiempo lo verdadero y lo falso, engrandece los objetos y acrecienta el escándalo. Entre tanto él se cree el solo sabio, porque desecha toda religion. Y vos, Sñor, vos callais, vos abandonais los hombres á sus errores, vos sufris que insulten la verdad. ¡Ah! no durará siempre el escándalo; hablareis un día, quitareis la máscara á la hipocresia, manifestareis las pasiones y los delitos que han hecho abandonar la fe, que han formado la idolatria, los cismas, las herejías, todos los errores y las supersticiones. Vos hareis ver con qué mas fe los autores y secuaces han abrazado el error y han perseverado en él contra las luces de su razon y contra los remordimientos de su conciencia. "E irán estos al suplicio eterno; pe-

ro los justos á la vida eterna." Si los hombres hubiesen tenido delante de los ojos la terrible idea de la ejecucion del juicio final, ¡oh con qué facilidad habria distinguido el verdadero Dios de los ídolos, y distinguirían fácilmente tambien la religion cristiana de las supersticiones y la Iglesia de Jesucristo de los que se han separado de ella! En una palabra, todas las disputas sobre la religion se habrian ajustado y pacificado luego al punto, si cada uno estuviese bien penetrado del pensamiento del juicio final; luego el escándalo deriva de parte de los hombres, de parte de aquellos que voluntariamente se ciegan; pero para el verdadero fiel no hay escándalo alguno á sus ojos, Dios está justificado.

Segundo. *Escándalo en la ley y en las costumbres.* Los justos se aplican á observar puntualmente la ley de Dios; mortifican su carne y domnan sus pasiones; honran á Dios, aman su prójimo. ¿Y qué cosa les resulta de esto? Los pecadores, al contrario, ceden á todas sus pasiones; los unos lo hacen con audacia, se glorían de sus pecados, establecen por regla de su conducta el placer de los sentidos y su particular interés; los otros lo hacen con reserva; salvan las apariencias, se cubren con el manto de la hipocresia, y se abandonan secretamente á toda la corrupcion de su corsazon. El pecado declarado insulta al justo, el pecador hipocrita divide con él su gloria. El pecador se halla en prosperidad y es buscado de muchos; el justo padece, sufre y es despreciado. Finalmente, el justo muere como el pecador, y si entre ellos hay alguna diferencia, comparece toda á favor del segundo. ¡Qué mezcla tan horrible, qué desórden, qué escándalo! Han buscado la causa de esto los antiguos filósofos y no han presentado otra cosa que quimeras. Los nuevos filósofos lo echan la culpa á Dios, á su providencia, á su bondad, á su santidad.... Se dejan ver embrollados en las objeciones que inventan, y dan muestras de quedar convencidos de su fuerza. ¿Pero pensais vosotros que durará siempre esta mezcla, esta confusion, este desórden? ¿quereis vosotros saber la solucion de este problema y ver la justificacion de Dios en esta confusion aparente? He la aqui en dos palabras: "Irán estos al suplicio eterno y los justos á la vida eterna..." No son necesarios para esto dos principios opuestos; bastan dos términos opuestos y eternos. He aquí la respuesta de todo, quitado el escándalo y Dios justificado.

Tercero. *Escándalo en el uso del poder.* Los pecadores en este mundo, son por lo ordinario mas poderosos, mas ricos, mas acreditados que los justos, y se sirven de su poder, de sus riquezas y de su crédito para oprimir á los justos, despojarlos, desacreditarlos, perseguirlos y tal vez hasta hacerlos padeecer los tormentos mas crueles y la muerte mas infame. ¿Es esta, pues, la recompensa de la virtud? ¿hay un Dios en el cielo que vea lo que sucede sobre la tierra y que